

El arte de bendecir de Jesús resucitado. Una reflexión en el contexto de *Fratelli Tutti*

*Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en Cristo
con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos.
Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo
para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor.
Él nos ha destinado por medio de Jesucristo,
según el beneplácito de su voluntad,
a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia,
que tan generosamente nos ha concedido en el Amado.
En él, por su sangre, tenemos la redención,
el perdón de los pecados,
conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia
ha derrochado sobre nosotros,
dándonos a conocer el misterio de su voluntad:
el plan que había proyectado realizar por Cristo,
en la plenitud de los tiempos:
recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra.*

Ef 1, 3-10

1. Introducción. Cristo, la máxima bendición del Padre

«La fuente y origen de toda bendición es Dios bendito, que está por encima de todo, el único bueno, que hizo bien todas las cosas para colmarlas de sus bendiciones y que, aun después de la caída del hombre, continúa otorgando estas bendiciones, como un signo de su misericordia»¹.

Probablemente el conocido himno de san Pablo a los Efesios con el que comienza este artículo, sea el texto bíblico que con mayor claridad refleje el origen, el sentido y el significado de cualquier bendición cristiana: el Padre, quien nos ha bendecido «en Cristo». De ello da cuenta el *Bendicional*, cuando en sus *orientaciones generales* señala que «Cristo, la máxima bendición del Padre, apareció en el Evangelio bendiciendo a los hermanos, principalmente a los más humildes, y elevando al Padre una oración de bendición»². Así pues, Cristo puede ser comprendido como la mayor bendición que existe para el hombre. Por otro lado, más allá del gesto concreto de bendecir realizado por Jesús, es evidente que cualquier presencia, acción o palabra de Jesús puede ser

¹ *Bendicional. Orientaciones generales* 1.

² *Ibid.* 3.

concebida como una bendición. Es esta la realidad salvífica más significativa para el hombre. Llegada la plenitud de los tiempos, envió el Padre a su Hijo, cuya muerte y resurrección abrió un canal de gracia que continúa derramándose en la vida de la Iglesia³. De este modo, Cristo, «glorificado por el Padre y habiendo ascendido al cielo, derramó sobre los hermanos, adquiridos con su sangre, el don de su Espíritu»⁴. Como concreción histórica, gracias a la presencia y la acción del Espíritu Santo, la Iglesia prolonga en el *hic et nunc* de la celebración esta bendición. La bendición de Dios a Abrahán se va extendiendo con el paso de los siglos por el Espíritu Santo⁵. Sin embargo, misterio de salvación y celebración deben ser transformados en la vida concreta del hombre. Es aquí donde podemos detener nuestra mirada en uno de los documentos magisteriales de mayor relieve de nuestro tiempo: la encíclica del papa Francisco *Fratelli tutti*. En un primer momento podría parecer forzado cualquier intento de relacionar la bendición cristiana con un hito magisterial de carácter fundamentalmente social. Sin embargo, vamos a tratar de descubrir cómo las líneas marcadas por este texto pueden comprenderse como una concreción de la bendición que Dios ha derramado en su único Hijo y sigue llevando a cabo en cada momento de nuestra existencia mediante la vida de la Iglesia.

2. La bendición del Padre: el Hijo y el Espíritu Santo

No es posible, pues, una aproximación al alcance y significado de la bendición cristiana sin la contemplación de los hitos centrales que la fundamentan. Así pues, desde una perspectiva preferentemente bíblica y litúrgica, vamos a acercarnos a distintos momentos de la vida del Señor para valorar cómo la presencia-bendición del Señor resucitado sigue presente entre nosotros a través de la fuerza del Espíritu Santo.

a) La encarnación como “admirable intercambio”

La Pascua y la Navidad son las dos fiestas más importantes del año cristiano. No en balde las dos solemnidades disponen de un tiempo litúrgico para poder profundizar en la comprensión del gran misterio que encierran. Y un tema central en ambas fiestas y, por lo tanto, en todo el año, es Jesucristo como vida verdadera de los hombres, como no podía ser de otra manera. Al hablar del Verbo, dice el Evangelio del día de Navidad que «en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (*Jn* 1, 4). El Verbo, la Palabra de Dios hecha carne, se convierte en vida, gracia y verdad para todo hombre, y «a cuantos lo recibieron les dio poder de ser hijos de Dios». Este versículo está en consonancia con la petición que hacemos al comienzo de la Misa: «compartir la vida divina de aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana»⁶. Así se refleja en la oración que desde hace siglos se reza en la celebración de la Misa de este día. Pocas fórmulas litúrgicas expresan de un modo tan sencillo y profundo, al mismo tiempo, el admirable intercambio que ha tenido lugar y que constituye el fondo de la celebración.

³ Cf. *Sacrosanctum Concilium* 61.

⁴ *Bendicional. Orientaciones generales* 3.

⁵ Cf. *Bendicional. Orientaciones generales* 4.

⁶ Oración colecta. Misa del día de Navidad.

Sin duda, san Juan evangelista pretende mostrarnos, a través de este pasaje, que con el nacimiento del Señor ha comenzado la definitiva Revelación de Dios. Se nos transmite la vida verdadera, se nos ofrece una nueva luz en medio de las tinieblas. Dicho de otra manera, Dios, a quien nadie ha visto jamás, se nos ha dado a conocer a través de su Hijo unigénito, hecho hombre, hecho pequeño.

Si la verdadera luz, que es Cristo, posibilita poder ver, descubrir, admirar y sorprenderse por lo que Dios ha hecho en el hombre, lo que ha sucedido, el *admirable intercambio*, tiene aún mayor relevancia. El Evangelio comienza situando el Verbo, la Palabra, junto a Dios y siendo Dios; y concluye señalando que Jesucristo, Dios unigénito, es ese Verbo y quien nos ha dado a conocer al Padre. En definitiva, durante el tiempo litúrgico navideño se insiste a través de distintas imágenes –algunas más tiernas, como el Belén, y otras más profundas, como el prólogo de san Juan– en la realidad de un acercamiento unilateral-bendición de Dios hacia el hombre. La función de ese Verbo, de esa Palabra, no es otra que *hablar* al hombre. *En medio del silencio* –otro de los temas tradicionalmente unidos a la noche santa de la Navidad– Dios se ha aproximado al hombre. Ello ha supuesto un gran paso en el vínculo entre Dios y el hombre. La relación de Dios con su pueblo hasta entonces consistía en una constante alternancia de encuentros y desencuentros, de fidelidades e infidelidades del hombre hacia Dios. Ahora Dios ha dado un paso definitivo que ha cambiado para siempre el vínculo entre Dios y el hombre: Dios ha venido a habitar entre nosotros. De ahí la gran relevancia que tiene la imagen del niño en el pesebre. Un recién nacido es la descripción más precisa del tomar carne, del encarnarse para que se pueda producir el *admirable intercambio*: Dios se hace hombre para que el hombre pueda alcanzar a Dios, para darnos «poder de ser hijos de Dios» (*Jn 1, 12*).

En suma, la primera bendición de la nueva alianza es la Encarnación, el *tomar carne* de Dios, para que nosotros podamos ser salvados en la carne.

b) La bendición de la paz de Jesús resucitado

Constantemente estamos deseando la paz. Hablamos de paz exterior, es decir, de ausencia de guerras y de conflictos entre distintos países o regiones. Socialmente este deseo se acentúa en torno a la Navidad. Cualquier guion de mensaje navideño no estaría completo sin una referencia a la paz. Por otro lado, en nuestros días no faltan quienes subrayan la relevancia de una paz interior, quizá más importante que la exterior, ya que es origen de ella. Como de un componente más de la sociedad de bienestar, se habla de paz y armonía a modo de ausencia de cualquier perturbación. Nada hay de censurable en esta visión, pero es parcial, puesto que parecería que se trata de un logro debido meramente a un esfuerzo humano. La Escritura, en cambio, nos hace ver que la paz es un don de Dios y, más en concreto, del Señor resucitado. Ciertamente, las alusiones navideñas a la paz no ignoran que Jesucristo, príncipe de la paz (cfr. *Is 9, 6*), viene a traer la paz a los hombres. Sin embargo, hoy en día casi nadie es consciente de que la paz es también el gran don del Señor resucitado. En efecto, tras la resurrección, las primeras palabras de Jesús al dirigirse a sus discípulos, reunidos en el Cenáculo, son «paz a vosotros» (cfr. *Jn 20, 19-31*). Precisamente este es el sentido principal del gesto litúrgico de darse la paz en Misa. No consiste en un simple saludo para suspender

momentáneamente la celebración y aprovechar para expresar mis propias emociones. Tampoco es solamente la oportunidad para, en las ceremonias de mayor relevancia social, compartir mis sentimientos con quien está de luto o de enhorabuena. Se trata, ante todo, de prolongar la paz que el Señor nos trae, con la finalidad de reconocerle, como fuente de este don, vivo en medio de nosotros. Si la liturgia ofrece como facultativo el gesto del intercambio de la paz no es por privar en ciertos momentos a la comunidad de una participación gestual. La ausencia de este signo durante la Cuaresma o el Adviento puede servir, por ejemplo, para relacionar mejor el vínculo entre la paz y Jesucristo resucitado, tal y como aparece en el Evangelio, o para reconocerle como príncipe de la paz en Navidad. De este modo, la propia celebración nos explicita lo que el Señor nos ha dicho con su Palabra.

Por otro lado, con su resurrección, Jesús ha vencido al mal y a la muerte; luego, la paz que ofrece es consecuencia de una victoria. Dicho de otra manera, con el saludo «paz a vosotros» Jesús no solo está expresando unos buenos deseos, sinceros y profundos. Tampoco se trata únicamente de una expresión formal o de cortesía. Con esta fórmula está revelando a sus discípulos que la victoria que ha conseguido tiene también como beneficiarios a los hombres, que gracias a él reciben ese don. No será la única gracia del Resucitado. El Evangelio alude a otro fruto: la alegría de los discípulos al ver al Señor. Y el Espíritu Santo es igualmente mencionado como consecuencia de la Pascua del Señor.

c) La bendición de poder renacer

La primera aparición del Señor resucitado tiene también como tema principal la fe, retomando de algún modo las confesiones de fe con las que culminaban los tres encuentros que leíamos durante la Cuaresma en san Juan: Jesucristo como dador de agua (samaritana, cfr. *Jn* 4, 1-42), luz (ciego de nacimiento, cfr. *Jn* 9, 1-41) y vida verdaderas (resurrección de Lázaro, cfr. *Jn* 11, 1-45). Ahora ya no estamos simplemente anunciando lo que sucederá. Tras resucitar, Jesucristo ya no realiza signos que anticipan lo que ocurrirá, sino que con su propia Pascua ha sido llevada a cabo de modo definitivo la salvación. El pasaje insiste en que la fe se nos sigue comunicando a través de la vida de la Iglesia. Durante el tiempo pascual hay un modo peculiar por el que la Iglesia siempre ha transmitido la fe: el sacramento del bautismo. Pocos términos son tan característicos de las oraciones de estos días como el de *renacer*⁷. Volviendo de nuevo a los temas típicamente cuaresmales, observamos con nitidez que a través del agua se nos daba la luz y la vida. Ahora se puntualiza que el *renacer* no es algo que sucede al hombre únicamente de modo individual. Por ello, la recepción del bautismo y del resto de los sacramentos, surgidos de la Pascua, no puede ser comprendida como un acto individual de culto y de santificación del hombre. La aparición del Señor, tanto el primero como el octavo día tiene lugar cuando estaban los discípulos reunidos en una casa.

En efecto, la transformación producida en el seno de la comunidad provoca un *renacer*, de tal modo que la vida de los discípulos no volverá a ser la misma desde el momento en que han visto al Señor resucitado. Por otro lado, la ausencia de Tomás de

⁷ Cf. Oraciones colecta y sobre las ofrendas del jueves de la octava de Pascua, entre otros ejemplos.

la primera manifestación del Señor permite comprender que si no se está en la comunidad, no se recibe la fe ni la bendición de Dios. No es posible tener un acercamiento verdadero a Jesucristo sin estar unido a él por los sacramentos y sacramentales recibidos en el seno de la comunidad, conforme la Iglesia dispone en cada momento, como administradora de los mismos.

d) El Espíritu Santo, la bendición por excelencia del Señor resucitado

El Evangelio relata la aparición de Jesús al atardecer del día en que había resucitado, «al anochecer de aquel día, el primero de la semana». Se nos muestra con ello que la venida del Espíritu Santo es un acontecimiento estrechamente unido a la encarnación y a la resurrección. Para esto murió y resucitó el Señor: para comunicarnos el Espíritu Santo. De hecho, el evangelista había aludido ya al don del Espíritu en el momento de la muerte de Jesús. En lugar de decir que expiró, afirma que «entregó el Espíritu» (*Jn 19, 30*). Además, el hecho de mostrar las llagas no es solo un argumento para defender la identidad entre el que fue crucificado y el que ahora vive. Constituye una manifestación del vínculo entre su pasión y muerte y los dones que ahora otorga a la comunidad.

El sopro es una de las imágenes que refleja de un modo más claro la llegada del Espíritu Santo. Jesús sopla sobre los discípulos, dándoles el Espíritu Santo. De este modo se hace alusión al relato de la Creación del hombre, que afirma que Dios lo formó con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida (*Gn 2, 7*). Soplando ahora sobre los apóstoles, el Señor, a través de su propio cuerpo, les da de modo nuevo el aliento de Dios. En cierto modo los convierte en nuevas criaturas.

En definitiva, el Espíritu es un don que reciben los discípulos desde el momento en que la Pascua del Señor ha tenido lugar. Muerte, resurrección y envío del Espíritu Santo corresponden a la misma realidad: el don-bendición total que Dios hace a los hombres. Su entrega máxima. Del mismo modo que el pueblo de Israel quedó liberado del faraón tras su salida de Egipto y, tras cincuenta días, se sella la alianza en el Sinaí, con la muerte y resurrección de Cristo, el hombre ha sido liberado. Comprender que el Espíritu Santo asiste a la Iglesia significa que nunca caminamos solos, sino que llevamos un compañero de viaje que nos asiste, nos guía, nos consuela y nos anima.

Sin embargo, Lucas alude a la venida del Espíritu Santo cincuenta días después de resucitar, «al cumplirse el día de Pentecostés» (*Hch 2, 21*). El motivo de la insistencia en esa cifra está en que el número cincuenta indica plenitud para los judíos. Es como una semana de semanas más un día. Por eso nosotros celebramos este día no como una fiesta independiente de la Pascua del Señor, sino como su culminación.

El significado profundo del envío del Espíritu Santo es la consecuencia última de que Jesús, y a través de él el Padre, viene hacia nosotros y nos atrae hacia sí. El mismo evangelista, Juan, considera como fruto de esta venida la vida y la libertad. En primer lugar, afirma en otro pasaje «yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn 10, 10*). Así pues, no debemos olvidar quién es el que nos da la verdadera vida. Cuando solo se quiere ser dueño de la vida, esta se queda cada vez más vacía y más pobre. Jesús, en cambio, nos permite ver que solo se halla la vida dándola,

y no se la encuentra apoderándose de ella. El Espíritu Santo no es sino el puro don, el donarse por completo de Dios.

Cuando han pasado dos mil años desde este acontecimiento, es interesante destacar que el Espíritu Santo no solo fue dado en un instante determinado de la naciente Iglesia, sino que Jesucristo también hoy como intercesor perpetuo, sigue pidiéndolo al Padre para nosotros. A menudo pensamos en las narraciones del Evangelio a modo de mera crónica histórica: algo sucedió un día determinado y se deja constancia escrita. Sin embargo, un acontecimiento como Pentecostés se plantea como una acción constante a partir de aquel momento, cuyos efectos no cesarán hasta el final de los tiempos, ya que el Espíritu Santo sigue siendo enviado de modo perpetuo a la Iglesia.

e) La bendición de la unidad

Durante la Pascua pocas características predominan más en las lecturas litúrgicas que la unidad de la Iglesia: el Evangelio sitúa a Jesús en medio de sus discípulos cuando estaban en una casa con las puertas cerradas. También los Hechos de los Apóstoles se refieren a que «estaban todos juntos en el mismo lugar» (*Hch 2, 1*). Con todo, la unidad tras Pentecostés superará con creces la frágil comunidad de discípulos que se había dispersado pocos días antes, al ver al Señor humillado y pensar que todo se había terminado. Esta unidad va a ser ahora, de modo nuevo, signo de reconocimiento de la Iglesia. Pero al mismo tiempo se observa que unidad no va a ser sinónimo de uniformidad. De hecho, un punto llamativo es que hablarán distintas lenguas y «cada uno los oía hablar en su propia lengua», al contrario de lo que ocurrió en Babel, donde toda la tierra hablaba una misma lengua y ninguno entendía al prójimo. La pluralidad de pueblos que entienden la predicación de los apóstoles en Pentecostés se vincula con la catolicidad de la Iglesia, con su universalidad. Además, esta enseñanza apostólica puede ser considerada como el cumplimiento del mandato misionero del Señor: «como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». El Evangelio, pues, lanza una nítida llamada a superar cualquier barrera entre los hombres, que se corrobora con la enumeración de las distintas naciones de la escena de los Hechos de los Apóstoles (cfr. *Hch 2, 9-11*). Por ello, el proceso de extensión de la Iglesia ha de ser siempre una senda de apertura constante, donde no ha de existir límite.

3. Conclusión. La fraternidad como bendición. En el marco de *Fratelli tutti*

Si uno de los frutos del don-bendición del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia es la unidad y la apertura, *Fratelli tutti* quiere enlazar en su inicio con esta dimensión, haciendo una llamada a la dimensión universal y apertura a todos que implica el verdadero amor fraterno, frente al peligro actual de fragmentación, tanto dentro como fuera de la Iglesia⁸. Otro de los puntos destacados del documento magisterial es la llamada constante a sentirnos miembros de una comunidad, puesto que «en el mundo actual los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan»⁹. Al mismo tiempo, se recuerda que «el aislamiento y la cerrazón en uno mismo o en los propios intereses jamás son el

⁸ Cf. FRANCISCO, *Fratelli Tutti* 6 y 7.

⁹ FRANCISCO, *Fratelli Tutti* 30.

camino para devolver esperanza y obrar una renovación, sino que es la cercanía, la cultura del encuentro»¹⁰. Probablemente, la clave de comprensión para comprender el significado del acercamiento de Dios hacia el hombre, con los dones y bendiciones que ello implica es que nadie se salva solo, ya que únicamente es posible salvarse juntos, como recuerda *Fratelli tutti*¹¹. Esta apertura a los demás¹², que está en la esencia del nacimiento de la propia Iglesia, implica escucha¹³ y diálogo¹⁴. Y es también fruto de la intercesión de Jesucristo resucitado, que actúa por su Espíritu, el deseo y la búsqueda del bien de los demás y de toda la humanidad¹⁵.

Así pues, desde una aproximación social, el Papa Francisco ha querido recordar a todos los cristianos no solo cuáles son los peligros, retos y propuestas de la convivencia humana, sino mostrarnos que todo ello solo es posible si comprendemos que del mismo modo que el acercamiento de Dios al hombre se ha producido por el deseo de darse a nosotros, el futuro de la humanidad solo puede alcanzar buen puerto en la medida en que nosotros seamos don y bendición para los demás. Cualquier atisbo de individualismo, segregación, desconfianza, agresividad hacia el otro, no supone más que alterar la dinámica de acercamiento y bendición que Dios ha tenido hacia nosotros, como Iglesia y como humanidad.

Daniel Alberto Escobar Portillo

¹⁰ *Ibidem*

¹¹ Cf. FRANCISCO, *Fratelli Tutti* 32.

¹² Cf. FRANCISCO, *Fratelli Tutti* 95.

¹³ Cf. FRANCISCO, *Fratelli Tutti* 48.

¹⁴ Cf. FRANCISCO, *Fratelli Tutti* 50.

¹⁵ Cf. FRANCISCO, *Fratelli Tutti* 112.